

# NECROLOGÍA

JORGE CABRAL

El 18 de Julio falleció repentinamente el doctor Jorge Cabral, abriendo en nuestra casa, que era su segundo hogar, un hondo surco de dolor.

Un brusco zarpazo de la muerte nos arrebató aquella vida laboriosa y fecunda, como el viento huracanado desgaja el tronco robusto, enraizado en tierra feraz. ¿Quién iba a temer por la vida del profesor Cabral, cuando hasta ayer no más lo vimos cruzar los pasillos de la Facultad, rebosante de salud y envuelto en la sonrisa de su rostro juvenil? Sin embargo se ha ido, y por más que la pluma se resista a trazar su nota necrológica, su espíritu ha penetrado la región del silencio, donde, acaso, el hombre de bien goce del descanso que merecen los justos.

Era un hombre amable y cordial, que por la nobleza de sus sentimientos, su vasta cultura y su clara inteligencia supo destacarse con personalidad inconfundible en los círculos docentes y artísticos.

Jorge Cabral estudió derecho y desempeñó altas funciones en la diplomacia. Pero en cierto instante mudó el rumbo de su vida y se entregó de lleno a la enseñanza. Desde entonces —y hace de esto varios años— se incorporó a la cátedra

de Historia del arte, que dictó con entusiasmo y eficacia hasta la hora de la muerte. También impartió su prestigiosa enseñanza en la Facultad de Ciencias Económicas, en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en la Escuela de Comercio Carlos Pellegrini y en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza. Fué miembro del Consejo Directivo y vicedecano de nuestra Facultad, y formó parte del Consejo Superior Universitario.

Sus tareas docentes no le impidieron dedicarse al periodismo, donde su talento agudo, observador y penetrante se derramó en abundantes artículos de crítica artística. Tampoco le faltó tiempo para escribir libros de historia antigua como el manual de Historia de Grecia y traducciones de tratadistas de economía e historia del arte. Ultimamente había regresado de Italia, donde se le invitó a dictar una serie de conferencias, que contribuyeron a demostrar el grado de dignidad que alcanza la cultura argentina.

La desaparición del doctor Jorge Cabral, que determinó el homenaje póstumo de las varias instituciones a que pertenecía, enlutó a la Facultad de Filosofía y Letras, cuyas autoridades, profesores y alumnos expresaron elocuentemente sus sentimientos de pesar. El Centro Estudiantes de Filosofía y Letras nombró una comisión que velara los restos del extinto, invitó a sus asociados a hacer lo propio y encomendó a su presidente, el señor Carlos Giuria, que despidiera los restos del profesor y amigo en nombre de los estudiantes de la Facultad. He aquí la breve y sentida oración fúnebre de nuestro camarada:

*Señores:*

Traigo la representación del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, para dar el adiós al ilustre profesor que consagrara su vida entera, al ejercicio de la enseñanza en nuestra casa de estudios.

Traigo pues, el cariño y la admiración de los que fueron sus alumnos, traducidos en un dolor sincero y silencioso, y expresados en un recogimiento de angustia y de protesta a la vez.

Un temblor de desconcierto y de tristeza, se apoderó de los corazones de los que hasta ayer, oímos sus palabras generosas en el aula, ante la noticia de su muerte. Y cosa curiosa: nosotros, sus alumnos, los que inmodestamente hacemos alarde de cultivar nuestro espíritu en la resolución de viejos problemas filosóficos, no hemos podido encontrar ante su muerte, un solo razonamiento o una sola palabra, que acudiera a nuestro auxilio y nos enseñara a resignarnos.

Es que tenemos conciencia de lo que esta pérdida significa para nuestra Facultad.

Nos abandona para siempre, el profesor estudioso y bueno, cuya contracción a su trabajo es un hermoso ejemplo de sacrificio y de lucha.

Necesitábamos verle multiplicarse cariñosamente en su cátedra, para aprender a dominar nuestros desmayos, e iluminarnos de confianza ante los obstáculos.

Ahora, solo nos queda su espíritu, como un legado de su labor fecunda y noble.

Pero su recuerdo, ocupará nuestros corazones mientras la vida los impulse, y hoy, y mañana, y siempre, cuando sus alumnos que venimos a mirarle partir hacia el misterio, escuchemos en nuestros instantes de desaliento, una voz razonando desde el fondo de nuestro pensamiento, para aconsejarnos, diremos atentos a su sonido:

¡Silencio! Es el espíritu del maestro que habla.

CARLOS ALBERTO GIURIA.